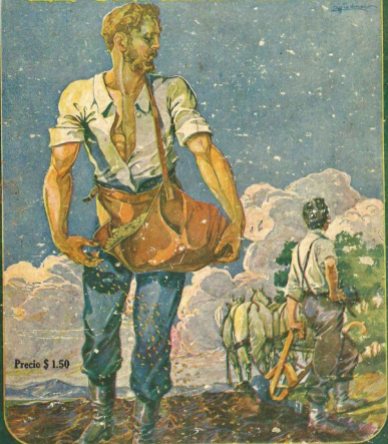


EL SEMBRADOR



Precio \$ 1.50

LIBRO de LECTURA
por HECTOR PEDRO BLOMBERG

ANGEL ESTRADA Y C^{IA} EDITORES
BOLIVAR 146 - BUENOS AIRES

El Sembrador

LIBRO DE LECTURA

POR

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

VIGÉSIMA EDICIÓN



"ANGEL ESTRADA y Cía."

TOMAS E. de ESTRADA

466, Bolívar, 466 — Buenos Aires

Es propiedad de los Editores,
quienes la ponen bajo el amparo
de las Leyes N.º 7092 y 9510.



DEL MISMO AUTOR:



PENSAMIENTO. Libro de lectura para tercer grado.

INTRODUCCIÓN

Por especial encargo de los señores "Angel Estrada y Cia.", editores de mi primer libro de lecturas escolares, "**Pensamiento**", entrego a los señores maestros de las escuelas argentinas este otro titulado "**El Sembrador**".

Si bien en "**Pensamiento**" no insistí en la parte puramente científica de los programas, sin restarle su importancia, desde luego, en la convicción de que al niño del tercer grado no debe recargársele de conocimientos prematuros, en "**El Sembrador**" he prestado particular atención a las nociones fundamentales de dichos conocimientos.

Se trató de salvar las dificultades de la literatura didáctica mediante el estudio meliciloso de los programas, asimilando cada materia, aun las más áridas y difíciles, al escolar de edad corriente, estableciendo un equilibrio en las lecturas que componen este volumen, en el cual espero no haber omitido ningún tema ni ninguna no-

ción que contribuya a la completa instrucción del alumno.

Para ello, en muchos casos, he recurrido a los maestros, vulgarizadores, poetas y moralistas nacionales y extranjeros en cuyas obras se encontraba una idea, una noción, un principio, una enseñanza, que no debían faltar en las escuelas argentinas, adaptados o transcritos con la mayor atención posible.

A los señores maestros corresponde ahora la tarea de orientar a sus alumnos en el uso de este libro: el orden en que deben adquirirse los conocimientos, el método a seguirse en las lecturas, la explicación gradual de las nociones fundamentales.

Con la colaboración complaciente y empeñada de los señores maestros, creo y espero que este libro ha de llenar cumplidamente su misión.

Héctor Pedro Blomberg.

Septiembre de 1925.

EL SEMBRADOR
—
LIBRO DE LECTURA
—

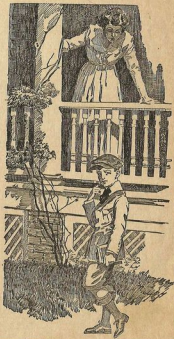
La campana de la escuela.

El niño oyó el rumor de la campana, vibrando bajo el cielo azul del verano, y mientras se vestía, pensó que era el primer día en que tenía que ir a la escuela. ¡A la escuela! ¡Cuán pronto habían pasado las vacaciones, los meses de aquel verano tan largo, tan descansado! Sus padres habían estado tan contentos por que aprobara el año escolar, que lo llevaron por un mes al campo.

Ahora, con un poco de pereza, pensaba que las vacaciones felices y tranquilas habían pasado, que era hora de volver a la escuela.

La campana lo llamaba, llenando la calle con sus voces sonoras y familiares, como todos los días durante los tres años anteriores, desde que entró al primer grado.

¡A la escuela!



Pensó también en aquel nuevo grado que lo esperaba, y sintió un poco de temor.

¡Cuán difíciles serían las materias de aquel año! ¡Cuántas cosas tendría que aprender, y aprenderlas bien, para responder a la confianza y al trabajo de su maestra, para satisfacer a sus padres, para poder llegar, con el tiempo, al Colegio Nacional!

Acabó de vestirse, y después de escuchar las recomendaciones de la mamá, que lo acompañó hasta la puerta y lo besó, salió a la calle.

¡Cómo llamaba la campana!

Su voz era una canción alegre, maternal. Era la voz de la escuela, de la maestra, del saber, del estudio, que parecía decirle, bajo el cielo azul, en la calle llena de sol:

“¡Ven a estudiar y a trabajar! ¡Ven a aprender lo que no sabes todavía, lo que te hará un hombre inteligente y un hombre de bien, un buen hijo, un buen alumno, un buen ciudadano!”.

El niño se sentía cada vez más contento: Su pereza se disipaba. Su corazón estaba alegre.

¡Cómo estudiaría ese año!

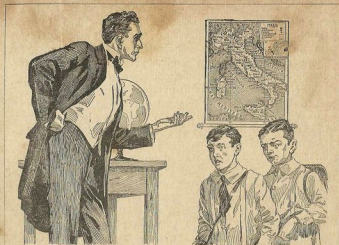
Después de todo, no sería tan difícil. Su hermana mayor había aprendido muchas cosas interesantes el año último.

Él, un hombre, no debía pensar en las dificultades. Aprendería, y aprendería bien, con toda su voluntad.

Llegaba a la esquina de la escuela. Miró el cielo azul, por donde pasaban unas pequeñas nubes blancas, como buques por el mar.

La campana seguía llamando.

—¡Ya voy!—gritó alegremente, y entró corriendo en la escuela.



La madre de Garrón.

POR EDMUNDO DE AMICIS.

A PENAS volví a la escuela, recibí una muy triste noticia. Hacía varios días que Garrón no iba, porque su madre estaba gravemente enferma. Murió el sábado por la tarde. Ayer de mañana, en seguida que entré en la escuela, nos dijo el maestro:

“Al pobre Garrón le ha tocado la mayor desgracia que pueda caer sobre un niño. Su madre ha muerto. Mañana volverá a clase. Desde ahora os suplico, muchachos, que respetéis el terrible dolor que destroza su alma. Cuando entre, saludadlo con cariño, estad serios; nadie juegue, nadie sonría al mirarlo, nadie, os lo recomiendo”. Y en efecto,

esta mañana, algo más tarde que los demás, entró el pobre Garrón. Sentí una gran angustia en el corazón al verlo. Tenía la cara sin vida, los ojos encendidos, y apenas se sostenía sobre las piernas; parecía que había estado enfermo un mes; era difícil reconocerlo; vestía todo de negro, y daba compasión. Nadie respiró, todos lo miraron.

Apenas entró, al ver por vez primera la escuela, donde su madre había venido a buscarlo casi todos los días; aquel banco sobre el cual tantas veces se había inclinado ella los días de examen para hacerle la última recomendación, y donde él tantas veces había pensado en ella, impaciente por salir a encontrarla, no pudo menos de estallar en un golpe de llanto desesperado. El maestro lo trajo a su lado, y apretándolo contra su pecho, le dijo: "¡Llora, llora, pobre niño; pero ten valor! Tu madre ya no está aquí; pero te ve, te ama todavía, vive a tu lado, y la volverás a ver porque tienes un alma buena y honrada como ella. Ten valor". Dicho esto lo acompañó al banco, cerca de mí. Yo no me atrevía a mirarlo. Sacó sus cuadernos y sus libros, que hacía muchos días que no había abierto. Al abrir el libro de lectura, donde hay una madre con un hijo de la mano, no pudo contener el llanto, y dejó caer su cabeza sobre el brazo. El maestro nos hizo seña para que lo dejásemos estar así, y comenzó la lección. Yo hubiese querido decirle algo, pero no sabía qué. Le puse una mano sobre el brazo, y le dije al oído: —No llores, Garrón. — No contestó; y sin levantar la cabeza del banco puso su mano en la mía, y así la tuvo un buen rato. A la salida, nadie le habló; todos pasaron por su lado con respeto y en silencio...

Verano en el campo.

por JOSÉ SANTOS CHOCARRO.



El alma de los campos desfallece
Soñando con el alma de los cielos.
Triunfa el príncipe sol. El fuego crece
En la fermentación de los anhelos.

Acre transpiración. Sombras extrañas
Los árboles proyectan blandamente,
Y hay murmullos de amor entre las cañas
Y risa de placer en el torrente.

Puesta sobre las tapias la cabeza
Rumiando el buey el último resabio
Contempla la inmortal Naturaleza
Triste el mirar, caído el belfo labio.

Trepado a un sauce, sobre débil rama,
Busca el pilluelo el pájaro escondido
Que más que nunca se alborozó y ama
Purificado en el crisol del nido.

El que con los sudores de su frente
Amasa el pan, rendido y cabizbajo,
Batallador del surco y la simiente,
Treguas pide a la lucha del trabajo.

El ave se une al ave, el grano al grano,
Lanzando el himno del eterno coro
Y el sol ajusta al himno soberano
A las cien cuerdas de sus arpas de oro.

La canícula es sueño y es reposo,
Y el campo en ella es languidez y fuego,
Mientras no siente el largo y bullicioso
Escaloirío bautismal del riego...



El canillita en la niebla.

UN canillita había vendido apenas una cuarta parte de sus diarios vespertinos, cuando una niebla espesa empezó a cubrir las calles de la ciudad. Se sentó en un umbral a esperar con la paciencia que le daba su prematura experiencia. Sintió que dos manos vacilantes le palpaban, y exclamó:

— ¡Eh! ¡No tengo nada! Casi no he vendido todavía.

De entre la niebla vió asomar una carita pálida, aterrada.

— ¿Qué quieres? — le preguntó.

El niño rompió a llorar.

— No llores, tonto, que el llanto es cosa que entristece — dijo el canillita rodeando al desconocido con su pequeño brazo protector.

En su almita varonil se había despertado el noble instinto de la responsabilidad del fuerte



para con el débil. Sacó de un bolsillo un poco de chocolate que dividió equitativamente. Mientras comían, el canillita charlaba y reía para tranquilizar a su protegido.

Disipada la niebla, el desconocido no pudo orientarse y el canillita lo llevó a su cuartucho, donde durmieron vestidos sobre el jergón del dueño de casa. El canillita se despertó muy temprano y miró a su huésped que estaba elegantemente vestido. No extrañó que aquel fino pájaro de jaula dorada estuviera abatido y abrumado después de su aventura.

Él era un gorrión de la calle que lo resistía todo alegremente. Salió a buscarse la vida y volvió trayendo pan, queso y naranjas. Después de consumir los víveres salieron a pasear hasta una plaza, de donde regresaron trepados a la barra posterior de un vehículo. Un agente de policía los hizo bajar a medio camino y los llevó a una comisaría.

El canillita refirió lo ocurrido y añadió:

—Yo no he hecho nada malo. El comisario palmeó la cabecita desgredada y dijo sonriendo:

—No. No has hecho nada malo.

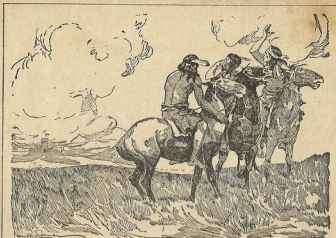
Pronto se supo que el niño perdido vivía en un hotel de la Avenida de Mayo y que sus padres lo buscaban. Había salido a mirar las vidrieras y lo había sorprendido la niebla, la noche misma de su llegada a Buenos Aires. Confundido y asustado olvidó el nombre del hotel. El canillita sacudido afectuosamente a su protegido por un hombro y le dijo:

—¡Adiós!

Salió sin ser notado y se perdió entre la multitud.

El diminuto protector del desvalido se puso a silbar un tango, y se dirigió hacia la imprenta, saltando de lado de pies juntos, como había visto hacer en los tferes.

El no había esperado gratitud ni elogios por su espontánea generosidad.



Los fortines.

Al pasar por algunos pueblos de la provincia de Buenos Aires, en medio de los campos donde se extienden los trigales como mares de oro, pueden verse ruinas pobres, unos restos de construcciones antiguas.

Es lo único que queda de los fortines.

¡Los fortines!

En tiempo de nuestros abuelos, los fortines eran los centinelas del desierto. Un puñado de soldados vigilaba los campos, entonces solitarios y agrestes, sobre los cuales se cernía siempre la amenaza de los indios.

Los indios, en muchedumbres inmensas, caían sobre las estancias y las poblaciones, al amparo de las sombras, y

robaban los ganados, llevándose a las mujeres y a los niños después de dar muerte a los hombres.

Por eso, los antiguos gobiernos, disponían que hubiese una línea de fortines, rodeando los campos conquistados para la civilización de la patria, a fin de estar siempre listos para la defensa de las vidas y las propiedades de aquellas familias valerosas que iban a poblar y civilizar los desiertos.

Las tradiciones de aquel tiempo están llenas de episodios de valor y de espanto, cuando los indios armados a lanza, aullando como lobos, se arrojaban sobre las estancias y poblados, en medio de la noche, para robar, saquear y matar.

Pero allí estaban los fortines con sus valientes soldados alerta día y noche, cumpliendo heroicamente su misión de guardianes de la civilización nacional.

Muchos años han pasado desde entonces. El indio salvaje ya no existe. Los campos son de la patria y del que los riega con su sudor.

Y de los viejos fortines sólo quedan las ruinas...

Hasta esas pobres ruinas, que suelen encontrarse aún en algunas poblaciones, como Tapalqué, por ejemplo, en la provincia de Buenos Aires, han de desaparecer con el tiempo, como desaparecieron los viejos que tomaron parte en las luchas contra el indio.

Pero en la historia y en las tradiciones argentinas se ha de recordar siempre el papel que desempeñaron en la conquista de la civilización, allá en tiempos duros y lejanos, cuando la amenaza terrible del malón se cernía sobre los campos, y el estanciero, el colono, vivían con el fusil al alcance de la mano, listos siempre para defender, no sólo su tierra y su ganado, sino también algo más sagrado: la vida de los suyos en la inmensidad del desierto.

Fauna Argentina.

El zorro.



El zorro se encuentra en toda la República. Los de mejor piel se hallan en el Sur, en la Patagonia. En las provincias andinas hay zorros de piel muy buena para abrigos de lujo.



La zorra tiene una sola cría por año. Algunas veces la cría es de ocho zorrillos juntos.

Los nacimientos se realizan en los meses de octubre y noviembre.

El zorrino.



El zorrino se encuentra en todas las provincias y territorios nacionales.

Su piel es muy solicitada por las peleterías, siendo preferidas las de un solo color.

Las mejores pieles son las que proceden de Córdoba y Catamarca.

En San Luis y Mendoza se encuentran también zorrinos de pelo muy fino.

La mejor época de caza es el invierno.

El tigre.

El tigre o jaguar se halla en las provincias y territorios del Norte.

Es perseguido por los cazadores por el daño que ocasiona en los rebaños y por el valor de su piel, que alcanza precios elevados en el comercio.

La caza de este felino es cada vez más escasa.

Solía hallarse en las costas del río Paraná, llegando hasta las cer-



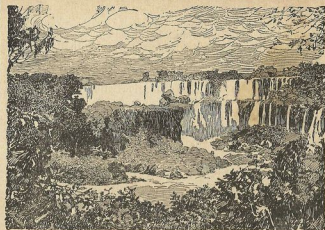
canías de Baradero, Buenos Aires, y provincia de Entre Ríos, pero donde abunda todavía es en el centro del Chaco y en la provincia de Corrientes.

En esas regiones la caza de esta fiera sirve para poner de manifiesto el valor y la habilidad de los nativos, que, según se relata, atacan al tigre armados tan sólo de sus largos cuchillos.

Los tigres pescadores, que se encuentran en las márgenes del Paraná, son hábiles para apoderarse de los peces vivos que sacan a zarpazos del agua.

CARNÍVOROS. — Son casi todos animales de gran fuerza y agilidad, y la mayor parte feroces; se alimentan de carne, y muchos de ellos de presas vivas; tienen garras, y su olfato está muy desarrollado. Se distinguen por su dentadura y por su marcha sobre la planta del pie o sobre los dedos.

Comprende este orden muchos animales (cuyos más grandes ejemplares viven en el antiguo Continente) como ser: el tigre, el león, la hiena, la marja, la civeta, el lobo, el chacal, el linco, el gato montés, el jaguar, el puma, el oso, el coati, etc.



Las cataratas del Iguazú.

POR BELESARIO ROLDÁN.



MAGINAO un valle vasto y profundo — trescientas hectáreas — en forma de hemiciclo y encajonado entre rocas abruptas talladas a pico. En el fondo de este valle, donde esplende una flora inverosímil, se precipitan, desde sesenta metros de altura, las aguas del Iguazú.

La enorme masa de agua es proyectada por doquier. Las cascadas se suceden unas a otras casi sin interrupción, y si se les agrega los torrentes, se llega a la fabulosa cifra de 3.200 metros. Tal es la magnitud de este diluvio errante.

Sobre estas caídas de agua impresionantes viene a jugar

la luz del sol. Es algo maravilloso. Avanzando sobre el abismo donde acaban sepultándose, las aguas adquieren al principio un color ambarino, y a medida que se precipitan, se ve toda la gama de los matices del blanco, hasta la nieve inmaculada de la espuma.

Luego, estrellándose en la base de la garganta profunda, estos torrentes forman torbellinos indescriptibles: el océano mismo en sus iras más cruentas no puede compararse con su furia. Las detonaciones espantosas de la caída de las aguas se prolongan en vibraciones infinitas. Y de esta revolución infernal de espumas, el espectador ve levantarse chorros formidables, que se transforman en vapor, en humo, en impalpable y argentado polvo, y hacen pensar en un naufragio de nubes en un abismo.

El agua se colora con todos los matices. La sombra de los árboles de la cima, proyectada sobre el fondo de este indomable precipicio, parece estremecerse al choque de los torrentes.

La nota azul se insinúa por intervalos sobre la fastuosa masa blanquecina donde el sol pone alternativamente amarantos y bermellones. Un espantoso tumulto, una sinfonía maravillosa de cristales ensordece el tímpano.

Algunos torrentes producen, con la aparente inmovilidad de sus espumas, la impresión de olas de algodón detenidas en una caída interrumpida de pronto. Esto hace pensar en inagotables cascadas de perlas de todos los orientes, en lluvias misteriosas de esmeraldas.



En el hospital.

LA pobre mujer, una lavandera de cabellos grises, estaba muy mal. Se quejaba de día y de noche. — Hay que llevarla al hospital — dijo el médico. La enferma oyó estas palabras y se incorporó en el lecho, muy pálida.

— No... No... No quiero ir al hospital — exclamó.

El médico la miró en silencio, moviendo la cabeza.

— Los pobres no deben tener miedo de ir al hospital — dijo. Los hospitales han sido hechos para curar a los enfermos. Nosotros, los médicos, dedicamos lo mejor de nuestra vida y de nuestra ciencia a curar a los pobres que llevan a los hospitales. Son las casas de la caridad humana, donde

no hay pobres ni ricos, nada más que enfermos, y médicos que han hecho el juramento de salvarles la vida y devolverles la salud, siempre que se pueda, sin preguntar quiénes son...

La enferma lo escuchaba con atención.

—Pero algunas veces los descuidan, doctor —dijo con voz penosa y dolorida.

—No, señora —respondió el médico —; la conciencia, el juramento que hemos hecho ante las leyes y ante los hombres de atender a todos, aun a los criminales, los incurables, nos impediría siempre descuidar la salud de un ser humano... ¿Consiente en ir al hospital ahora?

Y la enferma, tranquila ya, se dejó llevar a la casa de la caridad humana.

Los hospitales, esos edificios inmensos, rodeados de jardines, constituyen uno de los orgullos de las grandes ciudades. Los gobiernos de los países más civilizados se preocupan siempre de los hospitales, que nada falte en ellos, porque la salud del pueblo está por encima de todo.

Hombres y mujeres ricos y generosos, suelen con frecuencia dar parte de su fortuna a los hospitales para mejorar sus servicios, construir pabellones nuevos, a fin de que puedan llenar sus fines lo mejor posible.

En los Estados Unidos se han dado numerosos casos de millonarios que han construido grandes hospitales por su cuenta, entregándolos al Estado o a las sociedades benéficas.

En nuestro país también se registran casos de familias y de personas que han donado millones de pesos para los hospitales.

En todas partes hay ricos que se preocupan de los pobres, se encuentran sabios y filántropos que practican noblemente la caridad.

El gusano de seda.

SABIDO es que el mundo animal nos provee de gran cantidad de objetos de lujo, como las perlas, el marfil, nácar, carey, ámbar gris, algalia, almizcle y la seda. El más humilde de estos generosos proveedores es el gusano de seda, y su producto ha influido poderosamente en la riqueza de grandes naciones europeas, como Francia e Italia.

El gusano de seda, que había dado lugar a una industria suntuaria muy importante, contrajo una enfermedad, lo cual puso en peligro la riqueza de Francia, amenazando con el hambre a muchos millares de familias de obreros, y con la ruina a numerosos industriales.

¡La enfermedad de un gusano!

Pasó el tiempo, y el mal se intensificó amenazando con una crisis a los departamentos del Sur de Francia y a las grandes fábricas de la ciudad de Lyon.

Se calcularon las pérdidas en varios centenares de millones de francos.

Afortunadamente, Francia contaba con un gran ciudadano, un hombre de talento y de nobles sentimientos: el inmortal Pasteur.

El sabio no desdeñó estudiar el mal que atacaba al gusano de seda y se puso a la obra.

Los rutinarios, los envidiosos, los incrédulos, los soberbios y los ignorantes se burlaron de él, lo calumniaron y hasta lo hostilizaron cobardemente.

Pasteur prosiguió su obra.



Después de seis años de desvelos, de experimentos, de fracasos y de dudas, halló la causa del mal, y pudo distinguir cuáles eran los gusanos infectados que era menester destruir, a fin de no contaminar a los que estaban sanos.

Gracias a Pasteur, la industria de la seda en Francia se salvó y volvió a florecer, siendo una de las más seguras y nobles fuentes de riqueza, pues su abundante producción da origen a numerosas industrias y ha contribuido en gran parte a que se desarrolle en Francia un arte especial, inimitable, por medio del cual ese país dicta la moda en el vestir a todos los países civilizados.

El gusano de seda tiene también un significado filosófico que no debe ser desdeñado. *Gusano*, en todos los idiomas es sinónimo de *vil*, *insignificante* y despreciable. Pero el gusano de seda nos enseña que son solamente los inútiles los que merecen desprecio.

Desde que los chinos descubrieron la utilidad del producto de ese gusano, se han enriquecido grandes naciones con la industria de la seda y con las industrias derivadas de ella.

Figura 1. — Muestra como el cuerpo del gusano consiste en 15 partes: en la parte delantera tiene 5 pares de patas, y en el centro 5 pares de patas membranosas; a los lados tiene 18 bocas respiratorias; la cabeza es escamosa y córnea.

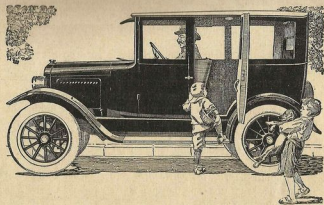
Figura 2. — El gusano empezando a formar el capullo.

Figura 3. — El capullo abierto con el gusano dentro.

Figura 4. — Capullo formado por el gusano con el hilo de seda producido y que teje alrededor de su cuerpo.

Figura 5. — Representa la polilla depositando huevos sobre una hoja de morera blanca con la cual se alimenta; los huevos son del tamaño de la cabeza de un alfiler, y pone de 400 a 1.000.

Cuando el gusano llega a la madurez cesa de comer y se vuelve de un color amarillento transparente. Si el gusano llega a reventar el capullo, la seda se echa a perder; para evitarlo se introducen los capullos en agua hirviendo cuando el gusano está a punto de llegar a la madurez; esta operación destruye la oruga; después se busca la punta del hilo de seda y se desarrolla en una sola pieza.



"Don José".

EL pobre músico ambulante cayó muerto en la calle a causa de un síncope. Los vecinos comunicaron a las autoridades de la sección que el músico había dejado dos niños huérfanos, de corta edad, completamente desvalidos, que pasaban el día encerrados en un altillo de la casa.

Una mañana se presentó en el conventillo un caballero y preguntó por los dos huerfanitos. Se le indicó el altillo y empezó a subir la escalera. Llegó a sus oídos un rumor de voces infantiles, y se apresuró a entrar en la pieza ocupada por los niños.

Al verlo, los dos huerfanitos se abrazaron y lo miraron de hito en hito.

Evidentemente se había establecido una corriente de mutua simpatía entre los niños y el caballero.

A las preguntas del visitante, uno de los huérfanos contestó:

—No necesitamos nada, señor. "Don José" nos trae todos los días el dinero, y una vecina compra la comida. Algunas veces papá estaba enfermo, y "Don José" traía el dinero como hace ahora.

—Debe quererlos mucho "Don José".

—Sí; también nosotros lo queremos a él.

—Es justo. Deseo verlo, y os ruego me digáis dónde vive.

—Vive aquí.

—¿A qué hora podré verlo?

—No tardará en venir.

En efecto, no tardó en oírse un ruido en la escalera. Uno de los niños corrió a abrir la puerta diciendo con alegría:

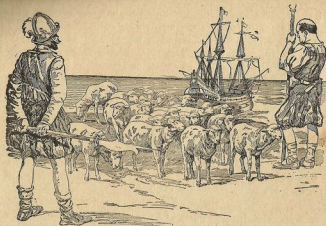
—¡Es "Don José"!

El caballero se puso de pie, se arregló la corbata y con expresión amable se apresuró a recibir al generoso y fiel amigo de los dos huerfanitos.

Los niños palmoteaban de júbilo y el caballero vió entrar a un perrito amarillo que movía la cola y gruñía sin soltar una extraña canastita que llevaba en sus dientes.

—¡Este es "Don José"! —dijeron los niños presentando a su amigo. Todos lo conocen en el barrio y lo quieren.

El caballero sonrió y se llevó en un automóvil a los dos niños y también a "Don José", respetando aquel cariño recíproco tan profundo y sincero.



Las ovejas.

EN la América del Sur, antes del descubrimiento, no existían ovejas. Los conquistadores españoles las introdujeron a principios del siglo XIV, en Méjico y en el Perú. Las primeras ovejas que llegaron al Rfo de la Plata fueron las que trajo Ruy García en 1550. Algunos años después Torres de Vega y Aragón importó cuatro mil cabezas.

Estas majadas, abandonadas a sí mismas en las pampas argentinas, se multiplicaron de modo extraordinario, recibiendo el nombre de «ovejas pampas», animales de lana corta y lacia, que por espacio de doscientos años constituyeron una riqueza sin explotar, que se fué extendiendo por toda la República.

El primer presidente argentino, Bernardino Rivadavia, fué quien dió impulso a la importación de ovejas finas.

Siguieron llegando crías de ovejas finas, durante largos años, hasta conseguirse un tipo argentino, que es considerado uno de los mejores del mundo.

La lana y la carne de los mejores rebaños de ovejas que se crían con facilidad en sus inmensos campos, son dos de las fuentes de riqueza de la República Argentina.

La lana va a los países industriales: allí es lavada, y con ella se hilan paños y tejidos de calidad superior.

La carne va a Europa, especialmente a Inglaterra, en cámaras frías especiales, a bordo de los vapores, donde, congelada, se conserva en perfecto estado durante todo el viaje.

Es en la Patagonia, en los vastos territorios del Sur de la República, donde la cría y explotación de las ovejas constituye una de las principales riquezas.

Millones de ovejas pueblan las estancias del Sur. La esquila y los embarques de lana señalan las épocas de mayor actividad en la Patagonia, al llegar la primavera, una vez que los fríos terribles del invierno han desaparecido, y los esquiladores pueden despojar a los dóciles animalitos de su abrigo natural sin peligro alguno.

La industria ovejera aumenta constantemente en la Argentina.

Sus grandes rendimientos atraen a numerosas personas, y dentro de muy poco tiempo nuestro país ocupará tal vez el primer puesto entre las naciones productoras de lana y carne de oveja.

Los faros.

ALLA, sobre las aguas del mar, se levantan los faros. Son torres muy altas, elevándose sobre los peñascos, azotadas sin cesar por las marejadas. En las costas argentinas por el Sur, donde el Atlántico golpea las riberas de la Patagonia, hay varios faros de distinto tamaño y de diversas clases.



Algunos fueron construídos hace muchos años; otros son más nuevos y se han edificado por las necesidades de la navegación, cada vez más importante.

Los marinos conocen los faros por sus luces. En algunos las luces son fijas, y brillan continuamente en medio de la noche como grandes estrellas.

En otros las luces son giratorias; dan vueltas continuamente, arrojando sobre las aguas del mar rayos que iluminan las olas y desaparecen para volver a aparecer.

Las luces de los faros son blancas, rojas, azules o verdes. Mientras las gentes de las ciudades y los campos están entregadas al sueño, las luces vigilantes de los faros velan

en las sombras de las costas, avisando a los barcos el peligro de las rocas o de las arenas para que se alejen.

Los faros fueron construídos por primera vez hace cientos de años. Los inventó un marino inglés llamado Winstanley.

¡Cuán grandes son los servicios que estas torres luminosas, custodiadas por un hombre solitario en medio de las olas, en las peligrosas riberas, han prestado a los navegantes!

Miles de vidas, centenares de buques, se han salvado del naufragio y de la muerte por esa luz que brilla siempre en la noche, mientras los oleajes azotan con furia las rocas de los Continentes.

Puede imaginarse la vida que llevan los guardianes de los faros, los torreros, como se les llama.

Viven solitarios, velando constantemente, durante las noches de tempestad, para que las luces de su faro funcionen normalmente. Un descuido, una negligencia de su parte, puede causar el naufragio de un buque, la pérdida de muchas vidas humanas.

Algunos torreros viven acompañados por sus familias, su mujer, sus hijos, que les ayudan a cumplir su penoso y heroico deber.

En otra parte de este libro se relata el episodio de la hija de un torrero, una niña que logró salvar a muchos semejantes durante una horrible tormenta, hace largos años, en una costa de Inglaterra. En algunos faros situados a largas distancias de las costas pobladas, sus guardianes suelen pasar días y semanas sin ver a ningún ser viviente, hasta que los relevos, o los que llevan agua o alimentos frescos, aparecen sobre las olas en sus embarcaciones.



Las mareas.

LA marea consiste en el constante flujo y reflujo de las aguas del mar producidos por la atracción que sobre ellas ejerce la luna. Es sabido que la materia atrae a la materia, y siendo la luna y el agua sustancias materiales, experimentan una atracción mutua. Las aguas que se encuentran frente a la luna son atraídas por ella, subiendo su nivel.

Así sabemos que cuando la pleamar se produce, es que la luna está arriba, aunque no sea visible, y que cuando comienza la bajamar, es que la luna se retira.

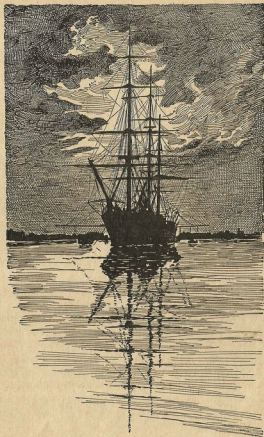
Es así como al girar la tierra constantemente, se produce una gran elevación de agua que avanza a través de los océanos siguiendo el curso de la luna. Al girar la luna alrededor de la Tierra, sale y se oculta en cada sitio media hora más tarde cada día, causando este mismo retraso en las mareas.

Durante la pleamar, las aguas avanzan sobre las costas e invaden las playas a distintas velocidades, según la inclinación de las mismas. Cuando la playa es plana, las aguas avanzan con rapidez y la cubren en pocos minutos.

Si la playa es inclinada, el agua la invade más despacio.

Cuando sube la marea, las aguas avanzan también en la desembocadura de los ríos, produciendo una corriente inversa. De este modo es como las aguas de los ríos suben, haciendo elevar a su vez el nivel de sus afluentes y arroyos.

El sol también origina mareas en igual forma y por las mismas causas que la luna. Pero la influencia del sol es menor que la de la luna debido a la mayor distancia que lo separa de la Tierra.



La amiga de los pobres.

Se llamaba Concepción Arenal, y había nacido en España en 1820. Su familia era pobre, y su juventud no fué feliz. Joven aun, se fué a Madrid, y se entregó al estudio. Leyó mucho durante largos años, aprendió el francés, el inglés, el alemán, el italiano, sola, sin más maestros que su inteligencia y su voluntad.



Se casó en 1847 y tuvo varios hijos. A la muerte de su marido, doña Concepción, cuya bondad era tan grande como su talento, empezó a escribir libros y organizar medios para ayudar a los pobres de su patria.

Hasta el final de su vida gloriosa, doña Concepción Arenal se dedicó a trabajar en favor de los pobres, los presos, los desamparados. Visitaba los hospitales, las cárceles, los barrios pobres, y en sus libros, que se han hecho famosos, predicó siempre el evangelio de la bondad humana.

Durante una de las más terribles guerras civiles en España, se hizo hermana de caridad, y la nombraron presidenta de la Cruz Roja.

Ni un solo día dejó de socorrer a los pobres, a los enfermos, a los presos, haciendo un llamamiento a las almas buenas y generosas para enjugar muchas lágrimas y aliviar muchos infortunios.

Iba ella misma repartiendo limosnas, consolando a los tristes, de día y de noche.

Toda Europa se llenó de admiración hacia la heroína civil. En España y en Italia la llamaban "la amiga de los pobres".

Doña Concepción Arenal murió en Vigo el 4 de Febrero de 1893, a los setenta y tres años de edad.

Pero su gloria y sus virtudes serán imperecederas, y al pie de su estatua, que se levanta en una calle de La Coruña, vela su memoria el amor y la gratitud de sus conciudadanos.

Doña Concepción Arenal, que ha sido llamada "la más grande mujer del siglo XIX", dejó escritos varios libros.

El más célebre de estos libros es el que contiene las "Cartas a los presos".

En sus páginas resplandece el alma sublime de esta española que conquistó la admiración de los reyes y de los pueblos con sus virtudes.

Y la virtud más alta de doña Concepción Arenal fué su inmenso amor a los desvalidos, a los desheredados, que tuvieron en ella su mejor amiga.



La ñandurihé.

POR HORACIO QUIROGA.

HASTA el día de hoy, las gentes del Norte no han podido ponerse de acuerdo sobre la ñandurihé. Esta víbora representa, sin género alguno de duda, el más venenoso ser de la creación. Hasta aquí, el acorde es perfecto. Pero cuando deseamos especificar fisonomía, color y particularidades de esta lúgubre bestia, las lenguas se confunden.

Sólo un aspecto de aquélla permanece inalterable en todas las leyendas: su tamaño. La ñandurihé es una viborilla deslizante y fugaz, cuya breve mordedura anuncia cierta, segura, precisa, inexorable y fatalmente la muerte.

En casa tuvimos una viborilla, a la que mis chicos profesaron un afecto casi de hermanos mayores. La habíamos hallado entre los bambúes, deslizándose bajo las hojas caídas, que se arqueaban apenas a su paso.

Ante el anuncio siempre flotante en el aire tropical: « ¡una víbora! », mis chicos corrieron a verla. Y un instante después se disputaban la supuesta ñandurihé para jugar con ella.

Pues lo que yo acababa de poner en sus manos, ante el grito de horror de la cocinera, era una pequeña ñacaná amarilla, como la llaman allí, y asombrosamente parecida a una yarará en su tierna infancia.

Algunos peones que al atardecer pasaron frente a casa desviaron el paso al verla entre los dedos de las criaturas.

las criaturas. No concebían semejante milagro, como no se lo concibió nunca el país.

Mas la culebrita aquélla endulzó algunas horas de nuestra vida, no obstante los serios trabajos que nos exigía. En efecto, no comía sola. Era menester abrirle la boca y alimentarla a la fuerza con pedacitos de carne cruda que introducíamos en sus fauces, y que llevábamos hasta su estómago por medio de inacabables masajes a lo largo del cuerpo.

Los chicos la sacaban todos los mediodías de invierno a asolearla en la arena del patio, habiendo llegado así, la viborita, no a conocerlos, pero sí a admitir el roce de los dedos sin sobresaltarse.

Su resistencia a la dieta era asombrosa, como la de todas las serpientes. Por causas ajenas a nosotros, no salió un día de su jaula durante nuestra ausencia. Cuando volvimos había adelgazado tanto que su espinazo parecía una lima; y a ambos lados, sobre el piso, la piel descansaba achatada.

Había pasado siete meses sin comer.

Por segunda vez, nuestra culebrita se vió abandonada en su jaula, pero entonces la culpa fué nuestra. Los chicos se olvidaron de entrar la jaula durante todo un interminable día de fuego. Y cuando nos acordamos por fin, nuestra pupila había muerto. Estaba caída dentro de su bañadera con los ojos blancos; y en toda la porción de su cuerpo que yacía en el agua, la piel se había arrugado y descolorido.



Los negros.

SUFRIERON durante cientos de años; fueron esclavos y soldados;

hubo entre ellos héroes, y mártires y artistas. Pocas razas en la historia de la humanidad moderna sufrieron un martirio más largo que la raza negra. La historia del coloniaje está llena de leyendas negreras.



Los galeones que

llevaban el oro de los incas, venían de Oriente con lo que se llamaba entonces "cargamentos de ébano", cargamentos de infelices seres humanos, muertos de hambre, de fatiga y de sed.

El transporte de negros, durante los siglos XXII y XVIII era más lucrativo que el de caballos y mulas en el siglo XX.

Un gran poeta del siglo pasado, Longfellow, escribió un libro de poemas titulado "Cantos de esclavos"; en este libro, noble y generoso, el poeta canta el dolor sin nombre, la tragedia de aquellos negros humildes y doloridos que la ambición de los blancos arrancaba de sus selvas de África y los arrojaba a la más dura servidumbre en América.

Otra gran escritora norteamericana, Enriqueta Beecher



Stowe, publicó una novela titulada "La cabaña de Tom", en la que cuenta los sufrimientos de los esclavos negros en los Estados Unidos hace tres cuartos de siglo.

Fué Rivadavia, en nuestro país, quien declaró libres a los negros nacidos de esclavos.

Hoy los negros son hombres libres, tienen derechos de ciudadanos, y contribuyen, dentro de su humildad, con su esfuerzo, a la civilización de las naciones americanas.

En nuestra historia figuran algunos negros que se han hecho célebres. Recordemos a los que componían, junto con los "Pardos", un batallón, durante las invasiones inglesas, que combatió con bravura en la reconquista y la defensa de Buenos Aires.

Encontramos después a los negros que formaron en las filas del ejército de los Andes cuando la grandiosa campaña libertadora.

El negro Ventura era un humilde esclavo que denunció la conspiración de Álzaga, la cual tenía por objeto volver a entregar el poder en el Río de la Plata.

Recordemos también al famoso Barcala, el coronel negro, del cual dijo Sarmiento que era más bravo y más patriota que muchos blancos.



Fauna Argentina.

La liebre.

LA liebre fué introducida en la República Argentina en 1893 por un señor francés, que intentó fundar un criadero para explotar su venta. Con este objeto alambró un campo con tejido fino, pero uno de sus empleados, para vengarse de él, cortó el alambrado y las liebres se dispersaron por los campos.

En las fértiles llanuras de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba se multiplicaron de un modo extraordinario, y hoy han invadido toda la República, llegando hasta la cordillera de los Andes.

En la provincia de Buenos Aires, en las zonas de la agricultura, la caza de la liebre puede efectuarse desde mayo hasta septiembre. Pasados estos tres meses, la caza se hace difícil, por estar el trigo crecido.

Una vez cosechado el trigo, impide la caza los maizales, que por su altura no permiten el tiro al cazador, ni libertad al perro para darle alcance.

La carne de la liebre argentina es muy sabrosa. Según las regiones donde viven, las liebres se revisten de pelo muy fino.

La mejor época para cazarlas es de fin de abril a principios de octubre. En el comercio la piel es muy estimada.



La nutria.

La nutria anida en el agua, procrea en nidos escondidos entre los juncos, y no en cuevas, como generalmente se cree.

Es un animal muy fecundo: se han visto nutrias hasta con doce crías.

Como todos los animales del agua, la nutria tiene el pelo más fino y espeso en el vientre.

Por este motivo, para sacarle la piel, es necesario abrir el animal por el lomo, y estaquearla lo más ancho que se

pueda por el lado de la cabeza, y luego estirar por abajo, dándole forma cuadrilonga.

La nutria, cuya piel es muy buscada, se encuentra en todos los ríos y corrientes de agua de cierta importancia en toda la República.

La caza de la nutria constituye una industria cada vez más importante, sobre todo en las riberas de los grandes ríos.



ROEDORES.—Se caracterizan por su sistema dentario; no tienen caninos, y los incisivos se hallan separados de los molares y cortados en bisel. Una particularidad de estos animales es que sus dientes crecen continuamente a medida que avanza el desgaste, lo que los obliga a roer siempre, porque de otro modo ese crecimiento continuo de los dientes podría causarles la muerte.

Los ojos están a los lados de la cabeza; los miembros posteriores son generalmente más largos que los anteriores, por lo cual su carrera es una serie de saltos pequeños y repetidos. Todos estos animales son muy tímidos. Se alimentan de hierbas, pero hay otros que son omnívoros, es decir, que comen de todo. Entre ellos se encuentran: las ardillas, marmotas, lirones, las ratas, el castor, el puerco espín, el conejo, la liebre, el aguí y las chinchillas.

Canción de la dulzura.

Por MARCOS FINGERET.

DULZURA de las manos
Maternas que remedian
Heridas cotidianas.

Dulzura de los ojos
Fraternos que vigilan
Las horas laboriosas.

Dulzura de los labios
Que dicen temblorosos:
—Hijo, hermano, ¿estás bueno?

Manos de la madre: ramos
De milagroso olor.

Ojos de la hermana: lámparas
De sedativa luz.

Labios familiares: vasos
Con esencia de amor.



La emulación.

EL sport es, por excelencia, el campo de la emulación, que no debe ser la rivalidad hostil; ni tampoco debe ser el sport la ocasión o el motivo de riñas y de enconos. Uno de los objetivos del sport es justamente formar la disciplina del carácter y desarrollar el sentimiento de la equidad. Se debe poner todo empeño en el juego y ganar sin vanidad y sin jactancia o saber perder sin envidia y sin encono.

La victoria o la derrota dan a los buenos competidores la ocasión de estrechar la amistad y asegurar la estimación del vencedor o del vencido si saben conducirse bien en cualquiera de los dos casos. Los que se retiran del campo del sport como enemigos son los que no tienen espíritu sportivo y no conocen las leyes de la equidad.

“Que gane el que sea mejor”.

Poemas de la madre.

FOR MARTHA T. DE TEBAR.

I

TE precedo en la vida.

Tú eres rosado albor, aurora tímida. Yo tengo los ojos llenos de la lumbre sagrada del sol. Llegaste del misterio y yo alumbré tu día.

Fué entonces tan profunda mi maravilla que, ante la mirada mía, abriéronse mil nuevos senderos.

Y yo le supliqué a Dios:

“Si yo debo guiarte, si su mano en la mía encontrará la senda, lléname Tú, los ojos de la luz verdadera que me ha de guiar”.

Te precedo en la vida.

El amor ha llenado mis ojos con sus clarividencias. Los ecos de tus pies pequeñitos, al correr tras los míos, dejan en el camino una alegría sana de vivir; y cada vez que beso tus labios frescos, diríase que se ha abierto una flor en el aire. Cuando tu luz se afirme, cuando tu mano fuerte ya no busque la mía, mi resplandor habrá llegado entonces al ocaso.

Y tú iluminarás con tu plenitud la tarde de mi vida; y cuando se cierre la noche, todavía un rayo de mi alma, génesis en ti, seguirá brillando en el fondo de tus ojos, perdido entre su luz.

II

Tu risa suena en la paz de la tarde. Es un cascabelito sonoro que vuelca repiques en el alma mía abierta a tu alegría.

Yo te escucho y río también. Río como tú. Río como una loquilla y me aprisionas en tus giros, y como dos mariposas enamoradas, mis ojos te siguen y se posan en ti, florecita mía de los campos.

Desde muy lejos, el aire ha traído un toque perdido de oración. Tu gracia, tu azul inocencia, rompe la melancolía que se infiltra en mi espíritu, mezclándose como en el cielo las primeras sombras y la última luz.

¡Dame tu alegría bendita, pequeño mío!

Cascabelito de oro es tu alegría, repícalo en mi alma para que yo ría como tú.

¿No has oído aquel eco lejano que se llevó el viento al pasar?

Yo sí, porque traía algo de mi madre, acaso un mensaje.

¿Sabes lo que quisiera?

Ser como tú, pequeño. Que solamente hubieran florecido en mi vida dos veces los ciruelos del huerto. Sentir tu alegría limpia y pura. Cristal y oro valioso. Ser como tú, pequeño, y tener a mi madre como tú me tienes.

La carta de Isabel Guevara.

ISABEL Guevara fué la primera mujer que escribió una carta en América. Había venido con la expedición de don Pedro de Mendoza, y el 2 de julio de 1556 dirigió la siguiente carta a la Reina Regente de España:

« Muy alta y poderosa Señora: A esta Provincia del Río de la Plata hemos venido varias mujeres, entre las cuales quíso mi ventura que yo fuese una; y como faltasen víveres para la expedición, más de mil hombres murieron. Los que quedaron se volvieron tan débiles que todos los trabajos los teníamos que hacer las mujeres, lavarles la ropa, curarlos, hacerles de comer lo poco que tenían, limpiarlos, armar las ballestas cuando venían los indios a dar guerra, porque en este tiempo las mujeres nos sustentábamos con poca comida.

« Pasada la primera peligrosa aventura de la expedición, flacos como estaban, resolvieron subir río arriba (el Paraná), y las fatigadas mujeres velaban siempre por ellos, trayendo leña de la costa y animándoles con palabras varoniles, como si fuesen sus propios hijos.

« Además, cuando llegaron a la ciudad de la Asunción, que entonces estaba muy fértil, se hallaba tan necesitada que fué necesario que las mujeres volviésemos al trabajo, haciéndolo con nuestras propias manos, rozando y cultivando y sembrando y cosechando, sin ayuda de nadie, hasta que los soldados recobraron las fuerzas.

« Mucho me quisiera hallar libre para presentarme ante

« V. M., mas no está en mi mano, porque estoy casada con un caballero de Sevilla, llamado Don Pedro de Esquivel, que por servir a V. M. ha sido causa que mis trabajos quedasen tan olvidados. Por lo que suplico mande me sea dada una repartición de tierra, y que mi marido sea proveído de un cargo, conforme a la calidad de su persona, pues él, por su parte, por sus servicios lo merece.

« Nuestro Señor acreciente su real vida y estado por largos años. Servidora de Vuestra Majestad que sus reales manos besa ».

ISABEL GUEVARA.

Era de este modo que aquellos hombres conquistaban mundos y fundaban naciones, ayudados muchas veces por el amor y la abnegación de aquellas grandes mujeres, que ponían la fuerza en sus venas y la fe en su corazón.

En la historia de América se encuentran muchas mujeres como Isabel de Guevara.

Entre ellas se cuenta la famosa india, esposa de Caupulicán, el jefe de los araucanos, en tiempos de la conquista de Chile; la célebre india Marina, que se casó con Hernán Cortés, el conquistador de Méjico; "La sin ventura", esposa de Alvarado, otro conquistador español; Lucía Miranda, la virtuosa, cuya tradición un poeta refiere en otra parte de este libro, y tantas otras cuya memoria vivirá siempre en la imaginación de los hombres, en los relatos de la historia, como ejemplos de abnegación, de amor y de fe.



El derecho al trabajo.

QUE es el derecho al trabajo? El trabajo es ley de la vida. Cada hombre que trabaja, el obrero en el andamio, el herrero en la fragua, el minero en la mina, el empleado en su escritorio, el maquinista en su locomotora, el maestro en su clase, el leñador en el bosque, el tejedor en su telar, el escritor en su mesa, todos cumplen esta suprema ley del trabajo humano.

Dondequiera que volvamos la mirada, veremos a todos los hombres cumpliendo esta ley, grandes y pequeños, ricos y pobres, de día y de noche, en todas partes, en el mar y en la tierra, en los buques y en las ciudades, en los campos y en las montañas.

El trabajo es derecho y obligación.

Es derecho porque el hombre puede elegir el trabajo que prefiere, el trabajo que quiere y sabe hacer de modo mejor, *siempre que este trabajo sea lícito*, es decir, que esté dentro de las leyes, porque hay clases de trabajo que las leyes no

permiten, como ser los que ponen en peligro la salud de los hombres.

El trabajo es obligación, porque nadie, sea quien sea, puede negarse a trabajar.

El trabajo, ley suprema de la existencia, se manifiesta en la Naturaleza. Todo ser viviente está sujeto a esta ley; el hombre que trata de escapar a ella, es arrojado de la sociedad; el animal que no la cumple en la Naturaleza, deja de existir.

El trabajo es la gloria del hombre.

Suele decirse que el rico no trabaja.

Nada menos cierto. Su trabajo, seguramente, no es igual al del hombre que gana su sustento diario. El suyo es diferente. Y muchas veces más duro que el de los demás.

Su amo, su patrón, es su riqueza. Naturalmente que existen ricos que se entregan al ocio. Pero éstos viven rodeados del menosprecio de todos.

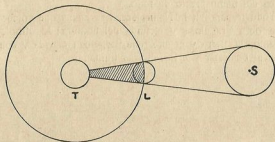
Todo trabaja en la Naturaleza. Las aguas que colaboran en la obra grandiosa y fecunda del hombre; los árboles y el viento, la tierra y el aire, que perpetúan la vida y contribuyen al bienestar y a la felicidad humana.



Los eclipses.

Si en una habitación tenemos una lámpara y entre ella y nuestros ojos interponemos un objeto cualquiera — una naranja por ejemplo —, la lámpara se habrá *ocultado*, es decir, se habrá *eclipsado*. Si, por otra parte, suponemos que en la habitación no hay luz difusa y colocamos la naranja en la *sombra* que proyecta nuestra cabeza, la naranja será invisible, pues también se habrá *eclipsado*.

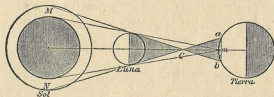
Si en vez de usar la lámpara, nuestra cabeza y la naranja, consideramos que se trata del *Sol*, la *Tierra* y la *Luna*, también se verificará el mismo fenómeno; y si la Luna se



ECLIPSE TOTAL DE SOL. — La luna (L) se interpone entre el Sol (S) y la Tierra (T) impidiendo *completamente* que los habitantes de una parte de la Tierra puedan ver el Sol.

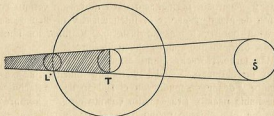
interpone entre el Sol y la Tierra, se tendrá un *Eclipse de Sol*; mientras que si la Luna entra en la sombra que la

Tierra proyecta tras de sí, se tendrá un *Eclipse de Luna*. Observamos, pues, que para que se eclipse un cuerpo *luminoso* es necesario que se interponga un cuerpo opaco, y para que se eclipse un cuerpo *iluminado* basta que este cuerpo penetre



ECLIPSE ANULAR DE SOL. — La luna (L) se interpone, *también*, entre el Sol (S) y la Tierra (T), pero a mayor distancia de esta última, ocultando sólo la parte central del disco solar. Queda visible el anillo M. N., por eso se llama *eclipse anular de Sol*.

en una sombra. Es lo que sucede cuando el Sol y la Luna, en momentos en que deberían ser brillantes, se oscurecen. Esto es debido a la combinación de los movimientos de traslación de la Tierra y la Luna porque hay momentos en que el centro del Sol, de la Tierra y de la Luna están en una línea recta o muy aproximadamente.



ECLIPSE TOTAL DE LUNA. — La Luna (L) colocándose en la sombra que la Tierra (T) proyecta tras de sí, no recibe luz del Sol (S) y deja, por lo tanto, de brillar en el espacio. También se producen *eclipses parciales de Luna*.

Horacio Mann.

VARIAS veces, en la escuela, papá, he oído el nombre de Horacio Mann. Pero no sé quién fué...
— Horacio Mann... Fué el padre de las escuelas, hijo mío. Su vida estuvo dedicada al servicio de las escuelas en su patria. Mientras haya una escuela, el nombre de Horacio Mann ha de ser recordado como el de uno de los héroes de la enseñanza. ¿Quieres que te cuente su historia?

— Sí, papá. Cuéntala.

— Horacio Mann nació en Massachussets, en los Estados Unidos de la América del Norte, en 1796, hace ciento treinta años. Pasó su niñez en la mayor pobreza. Desde muy niño tuvo que trabajar con sus manos para ganarse el pan, y esto perjudicó su salud. A los veinte años no había tenido tiempo de estudiar. Apenas conocía algunos escasos y pobres libros en su aldea. Tenía esa edad cuando conoció a un maestro de escuela que pasaba por allí. Este hombre, bueno y generoso, permaneció unos meses de verano en el pueblito de Mann, y al ver la inteligencia y el afán de saber del joven obrero, le enseñó historia, geografía, los idiomas clásicos, todo lo que sabía el buen maestro.

Más tarde, Horacio Mann estudió en la Universidad. Se recibió de abogado. Estudió y trabajó mucho. Fué elegido diputado, y después senador en el Estado de Massachussets, donde había nacido. Era senador cuando un gran hombre que estaba en el gobierno propuso la reforma escolar, es decir, que se cambiaran los sistemas de enseñanza de entonces. Horacio Mann, entusiasmado, recibió el encargo de dirigir

esta gran reforma. Renunció a su cargo de senador, y durante más de doce años trabajó sin cesar. Fué él quien organizó congresos de maestros de escuela, dió conferencias, escribió libros, fundó las primeras bibliotecas escolares, ideó los locales modelos para los colegios, escuelas donde hubiera aire, sol, salud y saber; trazó también modelos de libros de lectura.

Después de doce años de un trabajo inmenso, viajó por Europa. A su vuelta presentó un proyecto creando un ministerio nacional para la instrucción pública.

Esta fué la obra y la vida de Horacio Mann, el héroe de las escuelas.

Sarmiento lo consideraba uno de los bienhechores de la civilización, y Sarmiento, que fué el Horacio Mann de la República Argentina, se inspiró en los libros, en los trabajos y en los proyectos del muchacho pobre de Massachussets cuando realizó la obra más grande de su vida gloriosa: organizar y multiplicar las escuelas para que fueran la base de la civilización nacional.

El niño había escuchado en silencio, sin interrumpir.

Permaneció meditabundo. Pensaba en la gloria de aquel hombre que murió hacia tantos años, y cuya obra grandiosa era admirada y continuada a través del tiempo.

— Las estatuas de Horacio Mann no se levantan en las plazas de las ciudades—agregó el padre—, pero su recuerdo, ¿sabes dónde está?

— No sé, papá...

— Está en todas las escuelas de los Estados Unidos, y allí estará siempre.

El tigre negro.

(ADAPTACIÓN DE J. B. AMBROSETTO).

HALLÁNDOME en Misiones, sobre la costa del Alto Uruguay, cerca del Salto de Moconá, tuve noticias de que allí, enfrente, en la costa brasileña de Río Grande do Sul, en un lugar llamado Pari, acababan de matar un tigre negro. Esto era el tema de todas las conversaciones en la comarca, habitada por cazadores de tigres.

Tenía conocimiento de la existencia del tigre negro, pero nunca lo había visto, ni siquiera el cuero de este raro animal. Traté de que me mostrasen la piel del que acababan de matar, lo cual no fué difícil: luego me la regaló un señor Juan Calvo, a quien pertenecía el tigre muerto.

Quise conseguir el esqueleto, pero como desgraciadamente en esas regiones la gente come la carne de cualquier animal que matan, hasta la del tigre, que según dice tiene un sabor parecido a la del cerdo, no pude obtener la osamenta, pues la habían despedazado.

La caza de esta extraña fiera había sido muy curiosa, y también llena de peligros.

Los perros la descubrieron trepada sobre un árbol, al pie del cual ladraron con furia. Los cazadores no tardaron en divisar una masa negra acurrucada entre el ramaje, sin saber qué extraño animal era aquél.

Un balazo bien dirigido lo hirió, y el felino cayó al suelo, arrojándose sobre los cazadores. Felizmente, los perros lo acosaron, y fué muerto a tiros.



Las dimensiones de esta fiera son de un metro sesenta de largo, desde la punta del hocico hasta la raíz de la cola, que tiene sesenta centímetros. El color, en general, es negro lustroso, con una mancha gris rojiza en la parte posterior de cada miembro. En el vientre tiene algunos pelos blancuzcos, largos, muy duros; las orejas son completamente negras, sin una mancha y sin pelos blancos en el borde inte-

rior, como los tigres comunes. El nombre guaraní de este animal es "Yaguá-tyrye", que significa "el tigre al que es necesario evitar", lo que da una idea de su ferocidad.

Es el más sanginario de los animales. Mata, no para comer, sino para chupar la sangre de las víctimas. Tiene un coraje extraordinario, y lejos de huir del hombre, lo ataca.

En ciertas regiones de Misiones abunda esta fiera. Los indios misioneros le dan varios nombres, según las tribus, pero el más corriente es el de "Yaguareté-hú", que en guaraní significa tigre negro.

Esta fiera debe haber tenido una distribución geográfica muy extendida en nuestra República, y de esto da fe una leyenda que existe entre los paisanos del Sur de Entre Ríos.

Cuentan los viejos que sobre la costa del río Gualeguay vivía un hombre muy bueno. Cierta noche fué asaitado por unos bandoleros que lo asesinaron para robarle.

Poco tiempo después, de entre los pajonales del río salió un enorme tigre negro que se arrojó sobre uno de los asesinos y lo mató de un zarpazo, sin herir a los vecinos que le acompañaban.

Este tigre negro, con el tiempo, concluyó por dar muerte a todos los asesinos, eligiéndolos entre otras personas que los rodeaban, lo cual hizo creer a las gentes ignorantes y sencillas que el oscuro y terrible animal no era sino la primera víctima, convertida en tigre para vengarse de sus matadores.

Esta sencilla leyenda, que rueda de fogón en fogón, comprueba que el feroz carnívoros existía en otra época en los pajonales del río Gualeguay.

Fauna Argentina.

El mirasol.

El mirasol es un ave de los bañados. La época durante la cual tiene sus mejores plumas, es desde mediados de agosto hasta fines de noviembre. Pasando esta temporada las conserva por algún tiempo, pero se hallan despuntadas y sucias. Las plumas que tienen valor están situadas en el lomo, con nacimiento sobre la cruz que forman las alas, y se extienden hasta cerca del fin de la cola, dando vuelta hacia arriba en una curva. Hay mirasoles que dan un número considerable de esas plumas largas y finas que constituyen un adorno de lujo para las señoras.



La garza blanca.

La garza blanca es un ave parecida al mirasol, pero más alta y corpulenta. Tiene las mismas costumbres que éste. Su color es completamente blanco, lo que explica su nombre; las patas de un color obscuro y el pico anaranjado. Se cría en los esteros y en las grandes lagunas. La mejor época para el aprovechamiento de las plumas de estas aves es desde



el mes de agosto hasta el de diciembre. Pasando este último mes, las grandes plumas, o « aigrettes », están despuntadas y sucias también. Las plumas de garzas no valen tanto como las del mirasol. Su precio comercial es de mil quinientos a dos mil pesos el kilogramo.

El ñandú.

El ñandú es un ave que se encuentra en casi todas las regiones de la República Argentina. Las plumas se clasifican por su largo y por su calidad, cotizándose a muy buen precio.

Para la fabricación de los plumeros es indispensable la pluma del ñandú sudamericano, no habiendo otra que pueda sustituirla con ventaja. El ñandú no debe cazarse con boleadoras, perros, ni armas de fuego. En muchos establecimientos modernos del país se emplean las mangas, con las que se los encierra en el brete. Así se despluman con mayor facilidad y pueden ser mejor aprovechados. La mejor época para el desplume es la primavera. El ñandú (avestruz americano) se diferencia del atricano en su menor tamaño y en que tiene tres dedos en las patas, en vez de dos que tiene el originario.



ZANCUDAS. — Se llaman así porque tienen sus tarsos muy largos; se dividen en *zancudas de ribera* y *corredoras*.

Las primeras tienen cuello y pico largos, viven en las riberas de los ríos y arroyos, alimentándose de peces y moluscos. Pertenecen a este orden: la *grulla*, la *garza blanca*, la *sigletha*, el *ave fría*, la *glocha perla*, el *marabú* y la *ibis religiosa*.

Las *zancudas corredoras* se caracterizan por su gran tamaño y las alas cortas que no les permiten volar; sus patas, fuertes y robustas, terminan, ya en dos, ya en tres dedos. Pertenecen a esta tribu: el *avestruz*, el *ñandú* y el *caisao*.

La Maldonada.

LA Maldonada era una de las mujeres que vinieron con la expedición de don Pedro de Mendoza cuando éste fundó a Buenos Aires en 1535. Un día, algunos meses después de la fundación, don Pedro de Mendoza condenó a la Maldonada a ser abandonada a las fieras y a los indios feroces que merodeaban alrededor de la población, porque ella había desobedecido una orden del Adelantado.

La Maldonada fué conducida por los soldados hasta un arroyo situado lejos de la población. Allí la ataron a un gran árbol y la dejaron sola.

Al día siguiente, un oficial de Mendoza, con sus soldados, volvió al lugar. Según creían, sólo encontrarían allí los restos de la Maldonada, quien seguramente habría muerto bajo las flechas de los indios o bajo las garras de las fieras.

Con gran sorpresa vieron que la Maldonada estaba viva y sin la menor herida. A sus pies estaba tendida una enorme leona rodeada de cachorros. La leona, en actitud pacífica, parecía estar cuidando a la mujer.

Impresionado, el oficial comprendió la crueldad que significaba la condena de la Maldonada. Dió orden a sus soldados que la soltaran.

Cuando el oficial dió cuenta de lo sucedido a don Pedro de Mendoza, el Adelantado exclamó:

— Bien habéis hecho en libertarla. Queda perdonada, ¿Es que los leones han de ser más nobles que los hombres?

El arroyo junto al cual sucedió este histórico episodio hace cerca de cuatrocientos años, se llama hoy el arroyo Maldonado.

El invierno y las flores.

LAS flores de la mayor parte de las plantas tan sólo prevalecen durante las estaciones del año en que el sol nos brinda con mayor fuerza su calor y su luz. Cuando pasa el verano, las flores desaparecen, pero la planta que las produce sigue viviendo. Del mismo modo, las hojas de casi todos los árboles mueren cuando llega el otoño; pero la vida de los árboles continúa.

En realidad, la caída de las hojas y la muerte de las flores, es una señal de renovación.

La actividad vital se va manifestando con mayor o menor energía en los diferentes órganos de la planta según la edad de ésta y la época del año. El primero que adquiere notable desarrollo en los vegetales terrestres es la raíz, destinada a fijarlos firmemente en el suelo y absorber de éste la mayor parte de las substancias que la planta necesita.

Después la actividad vital se concentra principalmente en el tallo que al crecer se cubre de hojas, órganos que extraen del aire otras materias indispensables para la vida.

Más tarde la planta florece, las flores se transforman en frutos que encierran las semillas, origen de nuevos vegetales.

Al llegar el otoño, la disminución de la temperatura aminora la actividad de las funciones y sorprende a la planta en un momento de agotamiento por el esfuerzo de haber florecido y fructificado.

Las hojas ya débiles y marchitas caen para ser sustituidas por otras nuevas en la próxima estación primaveral.



El miedo.

El miedo es una de las formas de la defensa instintiva. Como el fuego, como el agua, el miedo es útil mientras lo dominamos. Si llega a dominarnos seremos su víctimas. El miedo a los peligros imaginarios, el miedo de sufrir la punzada de una inyección, de hacer un esfuerzo, de privarnos de algo, es una cobardía, y la cobardía es humillante y despreciable. Debemos recordar a aquel viejo militar francés que al entrar en una batalla se sintió temblar.

— ¿Tiembas, eh, viejo cuerpo?— se dijo golpeándose el pecho.

— ¡Pues más temblarías si supieras adonde te llevo!

Y el valeroso anciano se lanzó a lo más recio de la batalla.

El poema de las flores.

por JOSÉ SANTOS CHOCANO.

SONÉ que cada flor tenía un alma,
Y que en las almas de las flores todas
Vibraba el beso, que febril, sin calma,
Rebosaba del borde
De las inmensas y solemnes odas
Que elevaba el jardín en cada acorde
Desde las almas de las flores todas...

Soñé lo que cantaban. Era el salmo
De la vida del hombre enfermo y triste
Que cura sus dolencias por ensalmo
Con sólo alzar las flores
Que troncha bajo el pie, y en las que existe
El verbo espiritual de los amores
De la vida del hombre enfermo y triste...

Soñé lo que deseaban. Tutelares
Después de ser sobre las cunas, rosas,
Sobre los magnos lechos, azahares,
Querían con empeño
Violas y lirios ser sobre las fosas;
Velar como el primero, el postrer sueño,
Después de ser sobre las cunas, rosas...

La niña del faro.

UNA niña que tenga una estatua? La maestra pensó un instante. Si... Es una historia que deben saber todas las niñas de las escuelas. Es una historia de abnegación que no debe ser olvidada jamás...
— Cuento, señorita.

Los ojos negros y azules de todo el grado estaban fijos en la maestra, que habló así:

— Una noche oscura y tormentosa, en Septiembre de 1838, el vapor «Forfarshire» se encontraba luchando con las olas enfurecidas frente a la costa de Inglaterra. Con los timones rotos, el vapor iba a la deriva, juguete de la tempestad.

De pronto se oyó un grito de espanto:

«¡Las rocas!»

El «Forfarshire» se estrelló contra las rompientes con horrible estrépito.

Los pasajeros, entre los cuales se encontraban numerosas mujeres y



niños, vieron con angustia que las olas se llevaban los botes salvavidas. Bruscamente, el vapor se tumbó y muchos pasajeros cayeron al mar, ahogándose. Durante horas enteras, temblando de terror y de frío, los pasajeros restantes se acurrucaron en el puente del vapor hasta que amaneció.

A la luz gris del amanecer, el guardián del faro que se levantaba en esa costa peligrosa, un hombre llamado Guillermo Darling, y su pequeña hija, Gracia, que tenía doce años, vieron el buque naufrago, encajado entre las rocas, a media legua de distancia.

— ¡Vamos a salvarlos, papá! — exclamó la niña.

— No, Gracia — contestó el guardián del faro —, con esta mar tan agitada nos ahogaremos todos.

— ¡Vamos papá, vamos!... Pobres, y hay mujeres a bordo... ¡Vamos! — repitió Gracia, casi llorando.

Guillermo Darling no pudo resistir más la súplica de su hija. Armó su bote y se lanzó a las olas, con Gracia, que empuñaba el timón mientras él remaba.

¡Con qué inmensa alegría los infelices naufragos vieron aparecer un bote en su ayuda, en medio de las olas encrepadas!

Pero su sorpresa fué mayor aun cuando vieron que uno de sus heroicos salvadores era una mujercita de doce años...

De a dos y tres, los naufragos fueron conducidos al faro. Allí permanecieron cuatro días, hasta que cesó la tempestad, y otro buque los recogió.

Toda Inglaterra supo el heroísmo de Gracia Darling. Durante mucho tiempo llegaban al faro solitario cartas y regalos. Algunos años después, en 1841, la niña del faro murió. Y el pueblo inglés levantó un magnífico monumento a su memoria. Al pie de este monumento se leen los siguientes versos:

Está dormida en la muerte,
Pero ella nos enseñó
Que el débil pudo ser fuerte
Cuando amó.

— Gracia Darling es la niña que tiene una estatua — terminó la maestra — porque amó a sus semejantes y arrojó la muerte para salvar a unos pobres naufragos desconocidos...

La lengua castellana.

por LEOPOLDO DÍAZ

LENGUA de mis abuelos, lengua mía,
Nada iguala tu música sonora,
Ni tu dulce cadencia, donde mora,
Cual en Castalia fuente, la armonía.

De soberbios cambiantes, como el día,
Infinitas riquezas atesora
Tu voz cuando maldice o cuando implora,
En la duda, en el triunfo, en la alegría.

Tienes acentos de clarín lejano,
Rumores de torrente americano,
Quejas de viola, arrullos de salterio....

En la lira de bronce del poeta
Unes al huracán la brisa inquieta,
Y al claro sol penumbras de misterio.

El pájaro, obrero del hombre.

ADAPTACIÓN DE MICHELEZ.

UNO de los más grandes poetas latinos, Virgilio, aconsejaba en sus poemas a los agricultores que no desterraran los pájaros, destructores de insectos y defensores de sus cosechas.

La vida indetensa, sobre todo la de los vegetales, privados de la locomoción, sucumbiría sin el apoyo del gran enemigo de los parásitos: el pájaro, vencedor alado de los diminutos monstruos de la tierra.

En la fecundidad de la zona tórrida, los insectos, terribles destructores de los vegetales, lo consumen todo.

En los países templados, su voracidad no es menor.

Atacan las plantas, las cosechas, los frutos de la Naturaleza.

En los campos fecundos, regados por el sudor del hombre, son ellos los que recogen las cosechas, devorando el trabajo y el fruto al mismo tiempo.

Y es el pájaro quien no vacila en la lucha contra el espantoso enemigo del hombre y de la tierra: las langostas, que descienden en legiones hambrientas sobre lo que produjo el esfuerzo humano, dejando a su paso la miseria y la ruina.

El hombre no tiene alas para perseguirlos; ni ojos para verlos llegar desde grandes distancias.

Y es el pájaro, el pequeño obrero aéreo, el frágil amigo del hombre, quien le ayuda en estas batallas en medio de los campos.

¿Y los insectos sanguinarios, que sólo prefieren alimentarse de la sangre de los hombres y de los ganados?

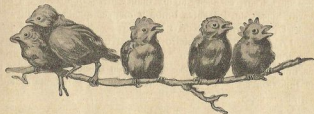
Es también el pájaro quien los combate. Porque a la presencia universal del temible insecto, responde la del pájaro, rápido y fugaz.

Todos los años el mundo correría peligro si el pájaro no tuviera que alimentarse, el y sus polluelos, de los millones de insectos que destruye y devora.

Es en los meses más tristes del año, durante el largo y frío invierno, cuando comienza la guerra entre el pájaro y el insecto, en esas largas semanas en que la Naturaleza parece muerta.

Los pequeños guerreros del aire ágiles y gorjeantes, están siempre listos para sus campañas. Porque piensan en los nidos de la primavera, cuando los piquitos abiertos de los polluelos hambrientos claman por su alimento.

Y su alimento es el enemigo del hombre y de su labor, que los pájaros protegen y defienden en nombre del amor maternal y de las leyes de la Vida.



El arco iris.

El arco iris es uno de los espectáculos más bellos de la naturaleza. Se produce por descomposición de los rayos solares que se reflejan en las gotas de agua suspendidas en la atmósfera.

La luz de un rayo solar, llamada también luz blanca, al penetrar en una capa tenue de agua o al atravesar ciertos cristales sufre una desviación y se bifurca en un haz de distintos colores porque la luz blanca es en realidad una mezcla de muchos colores.

Las ondas luminosas, correspondientes a estos diversos colores, se desvían de su dirección normal al pasar por la gota de lluvia, y por eso, cuando salen de ella, lo hacen ya dispuestas en grupos ordenados.

Lo que era luz blanca al entrar, sale como una cinta de colores diferentes.

Así, pues, lo que vemos en el arco iris es en realidad el espectro solar, es decir, la luz blanca del Sol dispersada en varios haces de diferentes tonos y matices que la constituyen.

¿Dónde termina el arco iris?

Los dos extremos inferiores del arco iris parecen descansar sobre la Tierra Pero no sucede así, porque el arco iris es una cosa aparente, que se pinta en el cielo en virtud de la reflexión de la luz en las gotas de lluvia, y termina donde terminan éstas.

El inca en Buenos Aires.

Se llamaba Juan Bautista Túpac Amaru. Era sobrino del famoso José Gabriel, que en 1780 sublevó las indias en el Alto Perú (hoy Bolivia) y proclamó la restauración del Imperio de los incas. La sublevación de los pobres indios fué ahogada en sangre.

José Gabriel fué descuartizado, y sus hermanos y parientes murieron en el cadalso.

Aquellos que pudieron salvarse de la muerte fueron conducidos a los presidios de España. Allí permanecieron muchos años. Juan Bautista fué el único de la familia de Túpac Amaru que sobrevivió.

Cuarenta y un años estuvo el infeliz inca en las cárceles. Tres reyes le vieron arrastrar sus cadenas.

En 1822 llegó a Buenos Aires. Era un anciano de cabellos blancos.

Apenas supo el gobierno que el último inca del Perú se encontraba en esta ciudad, viejo, enfermo y en la miseria, le concedió una pensión de treinta pesos de plata mensuales y asistencia en el hospital.

Tres años más tarde, en 1825, tuvo el deseo de volver a su país natal, y en una carta dirigida a Bolívar, dice: "Sólo espero que se allanen los caminos para el Alto Perú, donde me llama mi sangre, no obstante haber sido favorecido por este Gobierno de Buenos Aires desde que pisé sus playas y de cuantos han considerado mis desgracias y trabajos incalculables".